

viendo o sospechando mancillada su honra, acaso locos, se arrojan con noble ira sobre el perverso seductor o sobre la esposa fementida en quien habían puesto toda su confianza, y castigan la artera traición con la muerte!

MARCELO, *muy calmado*.—La muerte a quien nos amó y dejó de amarnos. ¿No es eso, papá? Como si por cuanto una mujer nos quiso en un tiempo, tuviera la obligación de querernos toda la vida.

D. ANDRÉS.—Cabalmente.

MARCELO, *con energía, pero sin alzar la voz*.—Pues bien, yo aseguro lo contrario. Por ventura tenemos el derecho de exigir lo que no damos? Acaso nosotros las amamos y les somos fieles toda la vida? Nuestra existencia de novios, de maridos o de amantes, no está sembrada de falsías y de traiciones?

Que amamos a una mujer y nos engaña? Si la traición mata el amor, dejémosla en buena hora gozando de su libertad; pero si a pesar del engaño seguimos amándola, por qué vamos a torturarnos dándole la muerte, separándola de nosotros para siempre?

DOÑA ANT.—En mis tiempos no pasaban esas cosas, porque había más temor de Dios.

D. ANDRÉS.—Y el respeto social? ¿Y el honor?

MARCELO.—El honor!... Bah!... Nada tan convencional! Prácticamente se reduce, en síntesis, a la buena opinión, en que los otros nos tengan, a la estimación que se sirvan concedernos; y plegarnos al parecer ajeno, equivale a vivir de limosnas morales. Eso queda para los mendigos!

ROBERTO.—De acuerdo, mi querido Rothschild!

DON ANDRÉS, *siempre enfático*.—Sin embargo, es preciso, indispensable, respetar los fueros del medio en que nos movemos, cumplir las cláusulas del Contrato Social de Juan Jacobo Rousseau!

MARCELO, *sonriendo irónico*.—Excelente!... Muy pintoresco es todo eso .. Pero no vemos todos los días que la sociedad, esa respetabilísima sociedad cuyos fueros usted defiende, no se preocupa mucho ni poco por hacerlos acatar? No tendemos, sin ruborizarnos, la mano a usureros sin entrañas, a tahures empedernidos, a caballeros de industria y a matronas con historia oficial, que se

pavonean triunfalmente en nuestros bailes de gala?

Es que no siguen siendo muy simpáticos los bribones con dinero, y que la Prensa no sigue calificando cotidianamente de honorables a negociantes quebrados o a incendiarios?

ROBERTO.—Sí, y sobre todo a los incendiarios que tanto se empeñan por el ornato municipal y el alumbrado público.

MARCELO.—Déjame en paz!

Es que la prensa no sigue calificando de caballeros a ciertos sujetos muy conocidos, que aceptan con santa y festiva resignación todas las complacencias de sus mujeres, haciendo de ellas los peldaños por donde escalan todas las posiciones?

DOÑA ANT.—Es el resultado de esa Prensa inmoral.

ROBERTO.—Y sin honradez, que es el peor. Yo cuando veo venir a un periodista me abotono la americana...

MARCELO.—En qué forma, pues, ejerce la sanción esa sociedad celosa de sus fueros y señoríos?

La sanción, no existe, ni puede existir, porque esa sociedad la forman, en parte, esos mismos usureros, esos mismos tahures, esas mismas damas sospechosas y esos mismos rufianes!

Ahora bien, dar muerte a una mujer a la que se ha amado con toda el alma, y a la que talvez se seguirá amando, para complacer tradiciones de la Edad Media, es cobarde y salvaje.

*Expectación en el auditorio.*

ROBERTO, *con la intención de poner fin a la conversación, rápidamente*.—Marcelo: a propósito de altas posiciones, en qué se parecen nuestros hombres públicos a los libros de una biblioteca?

*Volviéndose un poco.*

A ver, don Andrés, qué dice usted, señor Ministro, que los conoce tanto?

D. ANDRÉS, *lleno de vacilaciones que indican un esfuerzo mental, no tartamudeo*.—Pues amí... se me ocurre... pues que... sí, sí... eso es... sí... que los libros se parecen a los estadistas en que... entre todos completan el saber!

*Dirige en derredor una mirada triunfal.*

ROBERTO.—No, señor Ministro, no ha acertado usted. Los libros de una biblioteca